

No existe el concepto de biblioteca pública porque no hay bibliotecas públicas

La bibliotecaria de Ermua acudió al Sáhara para colaborar en la creación de un centro en los campos de refugiados

AINHOA LASUEN/ERMUA

Es bibliotecaria aquí, pero viajó al Sáhara para que otras pudieran serlo allí. Isabel González se fue al Sáhara para colaborar en la instalación de una biblioteca en la Casa de la Mujer que está construyendo la Asociación de Amigas de la RASD en uno de los campamentos, llamado Smara. En todo el campamento, únicamente existe en la actualidad una biblioteca infantil, por lo que su idea es crear ahora una que pueda dar servicio a las mujeres que utilicen la casa.

-¿Cómo se embarcó en la idea?

-En su día una ermuarra nos pidió ayuda para hacer un presupuesto de lo que supondría amueblar esa biblioteca y dotarla de libros. También nos pidió información sobre nuestra organización para que cuando fuera a los campamentos pudiera transmitírsela a las personas que había allí. Por ello, el Ayuntamiento, cuando supo que yo estaba dispuesta a ir, financió el viaje para colaborar en esta labor.

-A partir de ese momento, comienzan los preparativos, ¿qué tuvieron que hacer?

-Preparar los materiales para que contaran con lo básico. Un libro de registro, ficheros, papelería, pegatinas para los códigos y tejuelos y una Clasificación Decimal Universal. Lo básico para su organización. El Gobierno Vasco nos donó el libro de registro y las fichas. Duró un mes.

-Una vez allí, ¿cuál fue su labor?

-Dí un curso de 4 días. La Casa está gestionada por la Unión Nacional de Mujeres Saharauis y el primer día vinieron 15 mujeres. De éstas tuvimos que elegir a las que tuvieran una formación mínima. Les hablé sobre la gestión administrativa, conocimos las dependencias de lo que será la biblioteca y la escolar de Smara. Después vimos cómo montarla; la distribución, mobiliario y materiales (libros y audiovisuales) y, al final, encargamos el mobiliario.

-¿Cómo era la biblioteca infantil?

-Estaba donada por una asociación de maestros extremeños. Casi todo estaba en castellano, salvo dos baldas en árabe, pero les servía porque de sus estancias aquí hablan castellano. La tenían organizada por temas, sin códigos y con un sistema de préstamo muy rudimentario.

-¿Hubo algo que le sorprendió al tener que tomar decisiones para los materiales de la biblioteca?

-Sí. Pidieron mesas redondas para hablar y cuadradas para leer en silencio. Ellas elaboran una revista mensual y creen que para ello necesitan hablar y que en mesas cuadradas no se habla.

Esfuerzo

-¿Le cambiaron muchos de los planteamientos que llevaba?

-Sí. Yo creí que ellas quizá querrían un espacio para leer en el suelo, porque allí hacen la vida en el suelo y me dijeron que no. También cambié el esquema del curso sobre la marcha.

-Su forma de ver una biblioteca también será diferente.

-Mucho. Para empezar no existe el concepto de biblioteca pública, porque no hay. El esfuerzo de las escuelas por tener libros es muy importante, pero también es verdad que la mayoría de las donaciones son en castellano, con lo que apenas tienen libros en lengua árabe y en hasaniano. Las chicas que llevarán la biblioteca, que forman parte del grupo de información, cuando van a dar charlas dicen que utilizan mucho textos religiosos para explicar ciertas cosas. Por eso, es muy importante que sean ellas las que elijan los materiales base.

-¿Van a seguir en contacto?

-Yo les propuse que desde aquí seleccionaríamos obras de su interés y se las enviaríamos. Y les ayudaremos en todo lo que tenga que ver con la gestión.

-Fuera del trabajo ¿qué le sorprendió más de los saharauis?

-Me impactó la fuerza de las mujeres, no se resignan, quieren cambiar y mejorar. Están en una lucha continua. También me sorprendió el anochecer, cuando no quedaban más luces que las estrellas.